

## **LA ESCUCHA EN SAN AGUSTÍN**

**Dentro de la reflexión teológica actual la sinodalidad tiene una vigencia suprema y radical. Y dentro de esta temática eclesial, las actitudes necesarias para que se dé la sinodalidad han de ser cultivadas con esmero. La sinodalidad implica estos dos verbos, que son actitudes muy elementales: dialogar y escuchar. En Agustín es fácil descubrir estos elementos, ya que, atento como está a su pueblo, escucha sus necesidades y lo hace desde un diálogo sincero, intercambiando ideas y perspectivas distintas para poder discernir y descubrir la voluntad de Dios.**

### **Introducción.**

Agustín siempre ha sido un hombre de diálogo, en sus primeras obras ha utilizado el diálogo filosófico, imitando a los autores clásicos para remarcar sus reflexiones, aunque lo importante y vital fue su actitud de diálogo, como nos muestra en sus Confesiones, obra de prolongado diálogo con Dios y consigo mismo.

Por tanto, el diálogo con Dios y consigo mismo en un ejercicio de interioridad, y con sus fieles, ha ido tejiendo mucho de su vida y de su hacer. Pero también, a lo largo de su vida, diálogo con los herejes y cismáticos, a través de encuentros y discusiones públicas. Su obra, además, está repleta de ejemplos de diálogo con todo tipo de personas, por lo que podemos catalogar a Agustín como una persona dialogante, que puede servirnos de ejemplo en nuestro camino sinodal. Porque la sinodalidad es una invitación a dialogar. Dialogar con Dios en la oración y dialogar con los hermanos en la comunidad. El diálogo como estilo de vida con los alejados de la Iglesia y con los no creyentes.

Todo ello lleva a reconocer que el diálogo y la escucha son instrumentos valiosos, no solo en el proceso sinodal, sino también en la vida cotidiana. Pero el primer paso del diálogo es aprender a escuchar, recorriendo juntos el camino de la caridad, para llegar a la verdad, así parece indicarlo Agustín cuando invita a avanzar e indagar con él y corregirnos mutuamente (Cfr. La Trinidad 1, 3, 5).

La escucha es una disposición humana fundamental. Por lo cual, el problema del escuchar ha sido siempre un tema importante. Su trascendencia cae de su peso ya que la trasmisión oral era y es lo ordinario en la comunicación de contenidos, y, en el campo religioso, de la evangelización y transmisión de la fe, que es más objeto de testimonio que debe ser escuchado, que de palabrería. La escucha, por tanto, es una disposición radical hacia la Verdad; escuchar a Cristo que nos habla, escuchar la verdad buscada y encontrada y transmitirla con sinceridad, escuchar la Palabra proclamada y transmitida en la predicación..., por eso no está mal que se nos invite a una escucha prolongada: "Exhorto a vuestra caridad a que no os moleste escuchar atentamente y sin pereza" (Sermón 20, 5). Tal vez a esto se reduce el apostolado del oído, que hace presente al Dios amor.

El mundo del sonido y de la escucha es un mundo misterioso, es material y no es material, de hecho, no se divide como lo material. La palabra sonora se escucha toda entera por todos y cada uno de los que la escuchan, alimenta a los oídos sin dividirse. Pero, reconociendo que este alimentar el oído no nos deja indiferentes, es obligado que, cuando sea sonido vital para nuestro espíritu, nos obligue a

que pase al corazón para que, a ser posible, pueda juntarse con otros y replantear la vida y responder mejor a lo que Dios pide.

## 1. Aprender a escuchar

Es importante saber escuchar y escucharnos. En el camino de búsqueda Agustín, con frecuencia, nos invita a buscar juntos, de hecho, nos dice con un tono imperativo: “Creamos juntos... Busquemos juntos... Ahora piensa ya, y enséñame. Te constituyo en doctor y yo me convierto en parvulito. Enséñame, te lo suplico” (Sermón 53, 13). Cuando no pensamos igual, cuando no creemos lo mismo, no basta con soportarnos y como perdonarnos la vida, precisamente porque tenemos interés en entendernos hemos de buscar ambos, preguntar y escuchar, hemos de afinar el oído a lo que el mismo Cristo nos diga: “Busquemos ambos, pidamos consejo los dos. Lo tenemos abundante. No el de un sabio, sino el de la Sabiduría misma. Escuchemos los dos a *Cristo, escándalo para los judíos y necedad para los gentiles; mas para los que fueron llamados de entre los judíos y los griegos, Poder y Sabiduría de Dios...* Escucha al Poder de Dios; nada hay más fuerte que él... Escucha la Sabiduría de Dios; nada más sabia que ella” (Sermón 60, 5).

Se trata de no polemizar, de superar las discusiones y escuchar e intentar comprender y comprendernos: “Escucha y, abandonada la polémica, presta atención... Fíjate primero en la Escritura, que te enseña a hacerte dócil: *Sé manso para oír la palabra, a fin de comprenderla*. Ten, pues, un poco de paciencia... También yo busco contigo; juntos hallaremos, si juntos buscamos; ambos recibiremos, si ambos pedimos; a ambos se nos abrirá, si ambos llamamos” (Sermón 380, 5). Esta insistencia en el juntos es muy importante en el contexto de la sinodalidad que pone en valor lo comunitario. El oír exige atención y dedicación, mientras que el juntos es el plus.

Para Agustín, la misma escritura está en el ámbito del escuchar, de hecho, dice que se inventó la escritura para oír la palabra de los ausentes: “Pero vio que no podían oírse las palabras de los ausentes, y entonces inventó las letras, notando y distinguiendo todos los sonidos formados por los movimientos de la boca y de la lengua” (El orden 2, 12, 35).

El oír es muy diferente del escuchar y posiblemente por ello Agustín nos recomienda volver sobre lo oído y rumiarlo: “Si lo que frecuentemente habéis oído lo rumiáis con alegría en vuestro pensamiento, en lugar de dejarlo en el olvido, como sepultado en el vientre, ese mismo recuerdo y memoria vuestra nos pueden ayudar mucho, para no hablar largamente, como explicando a ignorantes lo que ya sé que os es conocido” (Comentario al salmo 59, 1).

Es necesario crear espacios para caminar juntos, encontrar tiempos para hablar, escuchar y ser escuchado, desde el corazón, porque el diálogo y la escucha son imprescindibles en nuestra vida social. Agustín, de hecho, nos habla de cómo, junto con sus amigos, indagaba las cosas, porque eran como bocas hambrientas que mutuamente se comunicaban el hambre y pedían a Dios la comida necesaria (Cfr. Confesiones 6, 10, 17).

### **1.1. El problema de cerrar el oído**

Uno de los grandes problemas que tenemos en la comunicación es no querer escuchar, es decir, cerrar el oído para impedir que entre algo. Agustín pone el ejemplo de la serpiente que cierra el oído para no escuchar al encantador, nos habla de la víbora sorda que cierra sus oídos para no oír el medicamento que el sabio le ha medicado. Nos dice lo que ha oído de la víbora para no dejarse encantar: pega un oído a la tierra y tapa el otro con la cola, y concluye: “A esta víbora dijo el Espíritu de Dios que se parecen algunos que no prestan oído a la palabra de Dios, y no sólo no la practican, sino que se niegan en absoluto a prestarle atención” (Comentario al salmo 57, 7).

Agustín, a lo largo del comentario al salmo 57 intenta explicar cómo evitamos el medicamento que nos abre el oído e invita a no esconderse y caminar hacia la luz: “Si te deleita la vida presente, ya has pegado el oído a la tierra; y si te complaces en tu vida pasada, que también se ha deslizado y quedado atrás, has tapado tu oído con la cola. Debes, pues, moverte hacia la luz, salir de las tinieblas, habiendo oído la voz del medicamento medicado por el experto, y así, caminando en la luz, digas lleno de alegría: Olvidándome de lo que quedó atrás, me lanzo a lo que está por delante” (Comentario al salmo 57, 9-10).

La pregunta podría ser ¿por qué me dejo encantar yo? ¿Qué es lo que me seduce? No siempre es desacertado tapan los oídos, recordad que, para no oír los cantos de las sirenas, el mismo Ulises se echó cera en los oídos para evitarlos, pero aquí estamos hablando de ese hacerse los sordos para no comprometerse o para practicar algo que no está bien. No podemos olvidar que la escucha es imprescindible en la comunicación, en la vida social del ser humano.

Agustín habla de los judíos que se hacían los sordos y muchos, en otras circunstancias, hacen lo mismo, aunque no sean sordos, se hacen los sordos, se tapan los oídos, la consecuencia es que pierden la paz y no se calman. Cerrar el oído para Agustín es hacer algo intencionado y no bueno: “¿Quién sujeta el oído o el ojo? Los ojos, si quieres, pueden cerrarse y se cierran al instante; para cerrar los oídos necesitas un esfuerzo añadido: levantar las manos y llegar hasta ellos; pero, si alguno te las sujeta, quedan abiertos, sin poder cerrarlos a palabras maldicientes, impuras, adulatoras y engañosas. ¿No pecas, acaso, con el oído cuando oyes algo que no te conviene, aunque no llegues a realizarlo? Oyes con agrado alguna cosa mala” (Sermón 56, 12).

Con todo esto vemos lo importante que es aprender a escuchar para resolver conflictos: “Por tanto, al dirigirme ahora a todos vosotros para que desaparezcan vuestras discordias, en atención a estos días sagrados, pienso que algunos de vosotros, conscientes de estar enemistados con los hermanos, habéis reflexionado en vuestro interior, y hallado que no sois vosotros los ofensores, sino los ofendidos. Y, aunque ahora no me lo digáis, porque es a mí a quien compete hablar en este lugar, mientras que a vosotros os corresponde callar y escuchar” (Sermón 211, 5). Se trata de llegar a ser perfectos oyentes: “Quizá no encuentro un conocedor perfecto, pero ya encuentro al perfecto oyente. Existe el perfecto oyente, capacitado ya por su inteligencia, al que el alimento sólido ni le causa molestia, ni le produce indigestión alguna. ¿Quién es éste y le alabaremos? No dudo que existen algunos espirituales que oyen y juzgan rectamente” (Sermón 23, 4).

### 1.2. La escucha en su conversión

En su proceso de conversión, Agustín nos presenta la intervención de Dios derramando su gracia sobre él y la disposición que tiene él mismo para escuchar y practicar, porque ciertamente Dios se hace presente a través del oído, por vía oral. De hecho, en Confesiones parece que el oír ha sido el primer paso para la conversión, primero oyó el relato de Ponticiano y la historia de Antonio, de Mario Victorino..., que le removieron por dentro. Después, retirado en un rincón del jardín y angustiado, escucha una voz que dice: “toma y lee” y, obedeciendo, lee en las cartas paulinas y se hace la luz. A renglón seguido o después de un tiempo, Agustín busca ayuda en Ambrosio y en Simpliciano, es decir, en expertos que le pueden llevar a buen puerto e iluminar los propios caminos: “Tú me inspiraste entonces la idea —que me pareció excelente— de dirigirme a Simpliciano, que aparecía a mis ojos como un buen siervo tuyo y en el que brillaba tu gracia. Había oído también de él que desde su juventud vivía devotísimamente, y como entonces era ya anciano, me parecía que, en edad tan larga, empleada en el estudio de tu vida, estaría muy experimentado y muy instruido en muchas cosas, y verdaderamente así era. Por eso quería yo conferenciar con él mis inquietudes, para que me indicase qué método de vida sería el más a propósito en aquel estado de ánimo en que yo me encontraba para caminar por tu senda” (Confesiones 8, 1).

### 2. Escuchar a Dios

En toda la tradición cristiana se da prioridad a la escucha atenta de la Palabra y así es también para Agustín. La propuesta de Dios es proclamada y la respuesta del hombre es escucharla y es necesario ponerla por obra: “Es decir, que lo que él da y yo devuelvo (porque él es el Señor, y nosotros los siervos), lo recibáis de tal modo que los frutos de vuestra atención se perciban en vuestra vida. Un campo cultivado, que no da fruto, y que se muestra ingrato al agricultor, ofreciéndole espinas en lugar de una buena cosecha, él mismo está pidiendo la hoguera en lugar del granero. Vosotros ya veis cómo el Señor nuestro Dios visita esta tierra con abundantes lluvias; pues bien, así también con su palabra se digna visitar nuestro corazón, y espera que dé frutos” (Comentario al salmo 58, 2, 1). Se necesita oír sabiamente y así sabremos actuar. Este oír sabiamente tiene mucho que ver con el escuchar ya que se trata de oír para obrar, es decir, para poner en práctica, que se parece mucho a la labor de la hormiga que guarda el alimento para el invierno (Cfr. Comentario al salmo 66, 3).

Es Dios el que habla, es a Dios a quien hay que escuchar. Si estamos en actitud de escucha, sin duda Dios hablará, nunca se calla si hay oídos atentos, si hay pueblo que escucha, si escuchamos juntos y como comunidad eclesial, así lo dice la misma escritura, asegura Agustín: “¿Cuándo, entonces, te hablaré? Cuando escuches. ¿Y cuándo escuchas? cuando formas parte de mi pueblo. Escucha, pues, Pueblo mío; no escuchas si formas parte de otro pueblo. Escucha, pueblo mío, que voy a hablarte; Israel, voy a dar testimonio de ti... El que tenga oídos para oír, que oiga; y el que tenga ojos para ver, que vea. Escucha, Israel, que voy a dar testimonio sobre ti. Al que antes llamó pueblo mío, a continuación, le llama Israel; y como antes dijo: voy a hablarte, ahora le dice a continuación: voy a dar testimonio de ti... Escuchemos: Yo soy Dios, soy tu Dios” (Comentario al salmo 49, 14).

Escuchar la voz de Dios que habla interiormente significa gozar y estar seguros, significa experimentar la paz: “Cuando oímos a Dios que nos sugiere y enseña interiormente algo, estamos seguros, y

tranquilos gozamos; nos hallamos bajo la dirección del Maestro, buscamos su gloria, le alabamos enseñándonos él, nos deleita su verdad en el interior, en donde nadie hace ruido o le oye” (Comentario al salmo 50,13). Y es que la interioridad alimenta en nosotros el deseo de Dios, que sólo puede descansar bebiendo en la fuente.

Nosotros hablamos con Dios y El habla con nosotros en el interior. Es en el interior donde Dios se hace interlocutor del hombre y podemos y debemos entablar una conversación donde él enseñe sus grandes lecciones y donde nos sentimos escuchados y escuchamos. Por otra parte, solamente la voz del corazón es suficientemente clara para que pueda oír la Dios. Dios sólo escucha las palabras que pronuncia la boca interior. Es dentro donde se fraguan las grandes decisiones y a la luz de Dios y conversando con él, resuelven la vida.

### 2.1. Escuchar de corazón, es escuchar para obrar

Evidentemente el estar atentos es la actitud primordial y el escuchar y entrar en contacto con la Palabra, cambia la vida. Pero se trata de escuchar con el oído del corazón. Se trata de la escucha desde dentro, en lo profundo del propio ser, escuchar desde lo más íntimo, porque es una escucha en profundidad y para obedecer: “Él no calla; es preciso que escuchemos, pero con los oídos del corazón, ya que es fácil escuchar con los oídos del cuerpo. Debemos escucharle con los oídos que el Maestro buscaba cuando decía: *El que tenga oídos para oír, que oiga*. ¿Quién se encontraba ante él sin los oídos del cuerpo cuando decía estas cosas? Todos tenían oídos, y, sin embargo, pocos los tenían: no todos tenían oídos para oír, esto es, para obedecer” (Sermón 17, 1). Es necesario rebuscar en el interior y descubrir los sentidos interiores, los oídos del corazón: “Del mismo modo, si tienes oídos interiores, escucha la justicia. Tales oídos buscaba, quien decía: *El que tenga oídos para oír que oiga*” (Sermón 159, 4). Y Agustín nos invita: “Si queréis, hermanos, escuchar tranquilos, no tengáis el corazón en los oídos, sino los oídos en el corazón” (Sermón 380, 4).

Para que no se desvanezca lo escuchado, lo ponemos en práctica. Solo se escucha bien cuando se pasa a la acción. En esto nos jugamos nuestra felicidad, porque solo seremos felices cuando ponemos en práctica lo escuchado, de hecho, Agustín dice que el escuchar es como la siembra, mientras que el ponerlo en práctica es el fruto que da la semilla, que no es otra cosa que el obrar santamente: “Tras estas palabras iniciales, quiero exhortar a vuestra caridad, a que no entréis en la iglesia sin sacar fruto alguno al escuchar tantas cosas buenas y luego no obrar santamente” (Sermón 23 A, 1). Esta es la forma inteligente de vivir, porque así construimos sobre roca, que es la única manera de construir con futuro. Está claro que para Agustín escuchar la verdad lleva consigo edificar sobre roca firme y practicar lo escuchado: “Porque, así como predicar la verdad de nada sirve si el corazón no está acorde con la lengua, así también es inútil escuchar la verdad, si el hombre no edifica sobre roca. El que edifica sobre roca, ese escucha y pone en práctica; pero el que no lo practica, edifica sobre arena; y el que ni escucha ni practica no edifica nada” (Comentario al salmo 57, 23). Alguno podría pensar: si no escucho no tengo que practicar nada, pero se engaña porque si no edificas nada, obras mal: “Entonces, dirá alguno: «¿Qué necesidad tengo de oír lo que no voy a poner en práctica?... Por tanto, si es malo para ti edificar sobre arena, malo es también no edificar nada; sólo queda como bueno edificar sobre roca” (Sermón 179, 9). La verdadera demostración de nuestro progreso lo encontramos en nuestras obras: “Por tanto, como buenos negociantes, conozcamos cada día cuánto

hemos progresado, pues no sólo debemos ser esmerados en el escuchar, sino también diligentes en el obrar” (Sermón 16 A, 1).

Hacer silencio para poder oír, para convertirnos en oyentes, y es que el ser humano, en su naturaleza más íntima, es un oyente, es el que oye la palabra de Dios y de los otros, es el ser dotado de palabra para decirse: “Hermanos míos, que vinisteis con entusiasmo a escuchar la palabra: no os engañéis a vosotros mismos, fallando a la hora de cumplir lo que escucháis. Pensad que, si es hermoso oírla, ¡cuánto más lo será el llevarla a la práctica! Si no la escuchas, si no pones interés en oírla, nada edificas. Pero si la oyes y no la llevas a la práctica, levantas un edificio ruinoso” (Sermón 179, 8). El proceso sería marcado por distintos pasos, así nos lo presenta Agustín: “Prestad atención, escuchad, entended, actuad” (Sermón 76, 6). Y más en concreto, de forma lapidaria: “Ea, pues, escuchad; escuchad, comprended y distinguid; adheridos a la verdad, resistid a la falsedad” (Sermón 182, 2).

La interioridad agustiniana es un modo de leer y de vivir el mensaje cristiano, es valorar el mundo interior, el corazón, donde nos encontramos con Dios, por eso la interioridad es imprescindible para la búsqueda de Dios, y nos debe llevar a analizar críticamente las motivaciones profundas, sabiendo que “Sólo puede encender a los demás quien dentro de sí tiene fuego” (Comentario al salmo 103, s.2, 4). Dios habita en nosotros para ser advertido y reconocido como nuestra verdad y nuestra vida. A través de la búsqueda interior Agustín llega a una relación profunda y familiar con Dios y siente la necesidad de comunicar eso que ha descubierto.

### **3. Agustín dialoga consigo mismo**

El oído es una puerta de acceso al trascendente, así parece que lo experimentó Agustín antes de la conversión cuando lee a los neoplatónicos y nos dice, entre, vi y oí. Fue invitado a retornar a sí mismo, se dejó guiar por Dios mismo que iluminó su retorno y descubrió un mundo nuevo desconocido para él, que le abrió nuevas perspectivas. La lectura de los libros de los neoplatónicos y las consecuencias de obrar lo que le indicaban de entrar en sí mismo, ha sido el comienzo de todo un proceso de interiorización sumamente fecundo. Le lleva a descubrirse y a descubrir a Dios mismo en su interior: “Y alertado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti... Entré y vi con el ojo de mi alma, una luz inmutable... Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce. ¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche” (Confesiones 7, 10, 16).

El dialogo interior pone de relieve, en Agustín, los autoengaños que no le permitían asumir ciertas realidades como forma de vida y de servicio a Dios, de alguna manera le descubre que no está siendo sincero consigo mismo y que el no ser sincero tiene sus consecuencias. En sus Confesiones repasa los años que han pasado desde que, leyendo el Hortensio, ardía en deseos de la sabiduría y cómo seguía engañado y engañando; se anima a sí mismo diciéndose: busquemos con más diligencia y no desesperemos y hace todo un repaso a estas disculpas que utilizaba para dar largas a decisiones importantes que había que tomar, engañándose a sí mismo (Cfr. Confesiones 6, 18-19). Pero esa mentira rompe la interioridad del hombre, le enemista consigo mismo, destruye su integridad. Por eso nos dice: “Pero hay más, escucha lo que dices, quienquiera que seas: tú que quieres ser oído,

escúchate antes a ti mismo... Está amonestándole a que escuche en su interior” (Comentario al salmo 49, 23).

Es más, en los escritos de Agustín están contenidas las llamadas al valor supremo de la interioridad y Agustín indaga el sentido profundo de estas llamadas, las etapas a recorrer para responder adecuadamente y los medios apropiados para conseguir vivir dentro. La interioridad consiste en ocuparse de sí mismo, en conocerse, es decir, en trabajar para que seamos nosotros mismos, pero para que el hombre sea él mismo es necesario que viva conscientemente, y vivir conscientemente, entre otras cosas, será vivir conociéndose: “En gran estima suele tener el humano linaje la ciencia de las cosas terrenas y celestes; pero sin duda son más avisados los que a dicha ciencia prefieren el propio conocimiento. Más digna de alabanza es el alma conocedora de su debilidad que la de aquel que, desconociendo su condición enfermiza, avizora el curso de los astros en afanes de nuevos conocimientos con el fin de contrastar nuevas teorías, pero ignora la senda de su salvación y de su estabilidad” (La Trinidad 4, prólogo1).

Por eso escucharse a sí mismo es muy importante. Agustín nos pone el ejemplo de los dos de Emaús, nosotros como ellos creíamos cuando escuchamos el Evangelio, cuando hemos entrado en el templo y, como ellos, hemos de escuchar con gozo lo que refresca la memoria. Creemos que somos mejores que esos dos discípulos, porque creemos lo que ellos aún no creían, habían perdido la esperanza, mientras que nosotros no dudamos de lo que ellos sí, y dirigiéndose a los dos, como avisándonos también a nosotros, dice: “Esperabais: ¿ya no esperaréis? ¿A eso se reduce toda vuestra condición de discípulos? Un ladrón en la cruz os ha superado: vosotros os habéis olvidado de quien os instruía; él reconoció a aquel con quien estaba colgado. Nosotros esperábamos” (Sermón 234, 2).

### **3.1. Escucha e interioridad**

Entrar en uno mismo, atenderse y escucharse interiormente es algo grandioso y aleccionador: “Vuelve a ti mismo, mírate, examínate, escúchate. Deseo que te pruebes como juez íntegro ahí donde no tienes testigo... Primero, juzga tu interior. ¿No te dijo nada tu conciencia acerca de ti?... Si procediste bien en la audiencia, si procediste correctamente, si en esa audiencia fuiste justo contigo mismo, si subiste al tribunal de tu mente, si te suspendiste a ti ante ti mismo en el potro del corazón, si aplicaste las severas torturas del temor, en ese caso tu audiencia se desarrolló debidamente” (Sermón 13, 7). Descubrir lo que pasa en el alma del otro solo será posible desde la escucha sincera: “Dónde tenían el corazón lo indican sus palabras; lo que pasa en el alma de otro, a nosotros nos lo indican sus palabras” (Sermón 236, 2).

Cuando Agustín invita a volver al corazón lo hace para aprender lo necesario que es oír la voz interior, que es voz de Dios, que habita dentro y así comprendernos. El regreso al corazón nos hará descubrir a Dios dentro de nosotros mismos y nos llevará a renovar la imagen e Dios que somos: “Regresa *al corazón*: allí ve qué percibes quizá de Dios, porque allí está la imagen de Dios. *En el hombre interior* habita Cristo, *en el hombre interior* eres renovado a imagen de Dios, en su imagen conoce a su autor” (Comentario a Juan 18, 10). Agustín nos habla del emperador interior que gestiona la realidad de los sentidos, que son como los servidores, da orden a los ojos, a los oídos, a la nariz, al

gusto, al tacto y cada uno va ejerciendo sus tareas distintas, pero todos las transmiten al corazón: “el corazón mismo se transmite a sí mismo también lo justo y lo injusto. Tu corazón ve, oye y juzga las demás cosas sensibles; y discierne justicia e injusticia, maldad y bondad. Muéstrame los ojos, los oídos, la nariz de tu corazón” (Comentario a Juan 18, 10).

Agustín insiste en que es desde dentro desde donde se puede transmitir algo y, por tanto, nos invita a descubrir lo que hay dentro y a ponerlo de manifiesto. Esto es aplicable también al mundo de la enseñanza y de la educación. No tenemos que querer tener siempre delante a algún ignorante para enseñarle, sino aspirar a que nadie sea ignorante para que no necesite que se le enseñe. A lo que siempre hemos de aspirar a escuchar a Dios y a disfrutar con ello: “Regocíjate oyendo a Dios; que la necesidad te impele a hablar, y de este modo no serás varón locuaz, para que seas encauzado. ¿Por qué quieres hablar y no oír? Siempre quieres estar fuera y rehúas estar dentro. El que te enseña está dentro. Cuando tú enseñas, sales fuera a los que están afuera. En el interior oímos la verdad, pero hablamos a los que están fuera de nuestro corazón” (Comentario al salmo 139, 15).

De todas las maneras Agustín está dispuesto siempre a obedecer y hacerlo bien: “En la medida que me ayude el que me manda hablar, trataré de condescender con los que están dispuestos, para no ser molesto a los más tardos, ni pesado a algunos, ni oneroso con los que tienen ocupaciones” (Comentario al salmo 60, 1).

Agustín prefiere escuchar a hablar, pero con frecuencia tiene que predicar. Considera que es más peligroso el hablar que el escuchar. De hecho, dice que solo disfruta escuchando, ya que eso implica la humildad: “Yo, que tan frecuentemente os hablo, sólo disfruto verdaderamente cuando escucho. Mi gozo - repito - sólo es auténtico cuando escucho, no cuando predico. Entonces mi gozo carece de temor, pues tal placer no lleva consigo la hinchazón... Así, pues, mientras escuchamos somos humildes; en cambio, cuando predicamos, aun cuando no nos ponga en peligro la soberbia, al menos nos sentimos frenados... Sin embargo, cuando escucho, me deleito sin nadie que me engañe, disfruto sin testigos” (Sermón 179, 2). Parece que tiene sana envidia de los fieles que escuchan y les dice que están más seguros escuchando que hablando, porque esto es lo que tendremos como oficio en el más allá, en el reino realizado: “Cuánto más seguros estáis vosotros escuchando que yo predicando, pues ahora hacéis vosotros lo que entonces haremos todos. Nadie será entonces maestro de la palabra, sino que el Maestro será la Palabra... Pero dentro, donde nadie ve, somos todos oyentes; en el interior, en el corazón, en la mente, donde os enseña aquel que os exhorta a la alabanza. Yo os hablo exteriormente, él os despierta en el interior. Todos, pues, somos oyentes en el interior y todos debemos ser cumplidores de la palabra externa e internamente en la presencia de Dios” (Sermón 179, 7). Parece que Agustín tiene asumido que da más felicidad escuchar que hablar: “Son más felices los que escuchan que los que hablan. El que aprende es humilde; pero el que enseña se esfuerza para no ser soberbio, no sea que se le introduzca solapadamente el deseo de agrandar, no sea que desagrade a Dios deseando agrandar a los hombres. Hay un gran miedo en el que enseña, hermanos míos, grande es mi temor en estas palabras que os estoy diciendo. Dad crédito a mi corazón, ya que no lo podéis ver” (Comentario al salmo 50, 13).

Pone el ejemplo de María que eligió escuchar y le fue bien y el mismo Señor dice que eligió la mejor parte: “Esta ocupación había elegido también para sí aquella María que, mientras su hermana hacía

el servicio y se ocupaba en muchas cosas, estaba sentada a los pies del Señor, sin hacer otra cosa que escuchar su palabra... Con las palabras que dijo de María, que, sentada a sus pies, le escuchaba, el Señor se convirtió en testigo de la bondad del escuchar... Y, sin embargo, *María eligió la mejor parte*, porque mientras la hermana estaba preocupada, afanosa y pendiente de muchos quehaceres, ella se hallaba ociosa, sentada y a la escucha" (Sermón 179, 3).

#### 4. Agustín aprendió a escuchar a las personas

Agustín ha escuchado a todo el que se acercaba a él, aunque no siempre ha tenido éxito su escucha, de hecho, por ejemplo, nos habla de uno que ahora le busca cuando nunca ha escuchado sus recomendaciones (Cfr. Carta 85, 2). Pero nos invita a escuchar con él: "¿Queréis oír conmigo el consejo de quien conoce dónde se hallan los días dichosos y la vida? Oído, no de mí, sino conmigo. Hay alguien que nos dice: *Venid, hijos, oídme*. Acudamos juntos, plantémonos en pie, agucemos el oído y con el corazón comprendamos" (Sermón 108, 6). Dice su primer biógrafo, Posidio: "Cuando San Agustín era requerido por los cristianos o personas de otras sectas, oía con diligencia la causa, sin perder de vista lo que decía alguien... A veces, hasta la hora de comer duraba la audiencia; otras, se pasaba el día en ayunas, oyendo y resolviendo cuestiones" (Posidio, vida 19).

##### 4.1. Escuchar a los pobres

Ha escuchado a los pobres y se hace portavoz suyo, nos dice que se hace mendigos en favor de los mendigos: "Yo me he hecho mendigo a favor de los mendigos; ¿qué me importa? Sea yo mendigo a favor de los mendigos, para que vosotros seáis contados en el número de los hijos" (Sermón 66, 5). Escuchar implica estar atento y hacer todo lo posible por conocer las circunstancias y actuar de inmediato, Agustín nos recomienda que actuemos así: "Estate atento, sé prevenido, investiga, atiende cómo viva cada uno, cómo lo pasa, de qué modo se encuentra; esta curiosidad no es censurable... Sé diligente y atiende al necesitado y al pobre. ¿Se acerca a ti uno y te pide? Anticípate tú a otro para que no te pida" (Comentario al Salmo 103, 3, 10).

Precisamente porque ha escuchado a los pobres, puede predicar a los fieles. En uno de sus sermones les comenta cual es el motivo por el que hoy tiene que hablarles de pobres y les dice que desde que sale de casa hasta que llega a la iglesia los pobres le dicen que es inútil que les predique porque no le hacen caso, no reciben nada: "Dad, pues, a los pobres. Os ruego, os lo aconsejo, os lo mando, os lo prescribo. Dad a los pobres lo que queráis. No ocultaré a vuestra caridad por qué me fue necesario predicaros este sermón. Desde el momento en que salgo para venir a la Iglesia y al regresar, los pobres vienen a mi encuentro y me recomiendan que os lo diga para que reciban algo de vosotros. Ellos me amonestaron a que os hablara. Y cuando ven que nada reciben, piensan que es inútil mi trabajo con vosotros. También de mí esperan algo. Les doy cuanto tengo; les doy en la medida de mis posibilidades" (Sermón 61, 12).

Animándonos a la escucha y a la generosidad nos recuerda que al nacer y al morir todos somos iguales y estamos desnudos, después, es posible que durante el resto de la vida parezcamos distintos, pero es sólo apariencia, porque al final siempre salen las cuentas. La propuesta que hace Agustín es la comunidad de bienes, que es la primera manifestación y la primera realización del amor al prójimo.

Será a través de la comunidad de bienes como nos liberamos de nosotros mismos y de infinidad de impedimentos para poder vivir con garantías. Agustín es consciente, y así nos lo dice en más de una ocasión, que es de las propiedades privadas de donde pueden venir los litigios, las riñas y dificultades en la vida comunitaria. Esta es una doctrina segura en Agustín, el pobre es el que nos conserva los bienes, es el que nos coloca en el lugar adecuado para no perderlos.

Agustín nos invita a ser personas capaces de luchar por la promoción de la justicia en el mundo, reconociendo la dignidad de cada hombre. La justicia para Agustín no es solamente un principio de armonía y orden, ni la virtud que preside la vida social y la individual, sino que incluye en el concepto de justicia el ordenamiento del hombre a Dios mediante el amor. Promover una cultura de la solidaridad es optar por los necesitados, es vivir la solidaridad como estilo de vida, es decir, hacerse hombre para los demás, promocionando la práctica del compartir, porque el no dar es robar al pobre. Por eso aprender a ser solidario es aprender a ser hermanos, a vivir la fraternidad; según la mente de Agustín el dar no es otra cosa que restituir, porque no damos de lo nuestro.

### 4.2. Escuchar a todos

Otro caso de escucha nos lo presenta a una de sus cartas, y no se trata de un cristiano o de uno cercano, sino de un judío, Licinio, Agustín reprocha a un sacerdote, al que dirige la carta, lo que le comentó este judío sobre que no recibió en trata respetuoso cuando le habló de una venta ilegal que le había hecho la madre al sacerdote y le despachó con cajas destempladas (Cfr. Carta 8\*, 1).

Para Agustín el que mejor ha sabido escuchar y nos puede aleccionar es el mismo Jesús, de hecho, nos presenta la manera de escuchar y de entrar en coloquio cuando nos habla de Jesús con los dos de Emaús: “Se les apareció, se convirtió en un tercer caminante y se mezcló con ellos en amigable coloquio... Como convenía que su corazón fuese mejor instruido, retrasa el darse a conocer. Les pregunta sobre qué estaban hablando, para que le relatasen lo que él ya sabía... Es decir, ¡oh discípulos!, ¿era un profeta Cristo, el Señor de los profetas? A vuestro juez le dais la denominación de su pregonero. Habían recurrido a la forma de hablar de los extraños” (Sermón 232, 3).

**SOBRE EL AUTOR: P. SANTIAGO SIERRA RUBIO, OSA**

Sacerdote agustino. Estudió Filosofía en Roma, especializándose en San Agustín, con un estudio titulado Interioridad y Transcendencia. La filosofía en el diálogo agustiniano "De Ordine"(1980). Ha desarrollado su actividad docente en los Estudios Filosóficos y Teológicos Agustinos de La Vid (Burgos) y Los Negrales (Madrid) y en el Real Monasterio de El Escorial y en el Centro Teológico San Agustín. Ha dictado cursos de Filosofía de San Agustín y ciclos de conferencias sobre temas agustinianos en Méjico, Argentina, Guinea Ecuatorial y Perú. Junto a sus actividades ordinarias, pronuncia conferencias, dirige ejercicios espirituales y jornadas de reflexión orientadas a religiosas y religiosos, seminaristas, padres de alumnos, profesores y alumnos de centros agustinianos. Entre sus publicaciones se cuentan los libros Patria y Camino, Cristo en la reflexión y en la vida de san Agustín. Recibid el Espíritu Santo, el Buen Huésped y la Espiritualidad de san Agustín. Dios Padre misericordioso. Agustín de Hipona y varios artículos, entre los cuales: María y el Adviento en San Agustín, La conversión de San Agustín, La cuaresma en San Agustín, Algunos aspectos de la unidad en San Agustín, Las actitudes del educador agustiniano, Educar en y para la Interioridad (Reflexiones desde san Agustín), Respuesta agustiniana a los retos del presente, Las Confesiones y la paideia integral del hombre, Una propuesta de vida: La religión y la fe en Dios en la reflexión de san Agustín, San Agustín, un hombre universal, Pensamiento filosófico de El Quijote, La comunicación interpersonal según san Agustín, El final de un ciclo. Pedro Calderón de la Barca, Respuesta agustiniana a los retos del presente.